

**Discurso Colación**  
**Decano de la Facultad de Historia, Letras y Estudios Orientales**  
**Dr. Bernardo Nante**  
**Agosto 2023**

Sra. Secretaria Académica, Mag. Claudia Pelossi;  
Sr. Prosecretario Académico, Esp. Juan Pablo Spina;  
Sra. Directora de la Escuela de Letras, Lcda. María Elena Lenscak;  
Sra. Directora de la Escuela de Filosofía, Mag. Verónica Parselis;  
Sra. Directora de la Escuela de Historia, Esp. Alicia Martín;  
Sr. Director de la Escuela de Estudios Orientales, Dr. Carlos Rúa;  
Sr. Director de la Maestría y de la Especialización en Curaduría de Arte Contemporáneo, Mag. Alejandro Schianchi.  
R. P. Andrés Tocalini.  
Sres. profesores, colaboradores académicos, graduados/as, personal administrativo, alumnos, familiares y amigos.

Hoy es un día de celebración comunitaria; un día de júbilo y de gratitud en el que compartimos una memoria común y una promesa de futuro para ustedes, estimadas graduadas y estimados graduados; pero también, en algún sentido, para la Universidad, pues en ustedes la Facultad y la Universidad ven cumplido su propósito fundamental: un ser humano formado en un área del saber que tiene la responsabilidad de custodiar y acrecentar ese saber para bien propio y de la comunidad presente y venidera.

Uds. han realizado un esfuerzo mayúsculo y, seguramente, en alguna ocasión vaciló la llegada al puerto de la graduación. Por tanto, esfuerzo y perseverancia merecen nuestra felicitación; pero —me parece— la muy merecida felicitación va paradójicamente de la mano con una invitación a un sentido de gratitud. Gratitud a la oportunidad que la Providencia les brindó y, en todo caso, las gratitudes más inmediatas y cotidianas: el aliento o la ayuda de compañeros, profesores, académicos y, desde luego, de familiares y amigos. Algunas de esas personas estarán ausentes, pero sin duda tienen su lugar en el “re-cuerdo”, es decir, en nuestro corazón. Por cierto, dar gracias al otro constituye no solamente un deber, sino un enriquecimiento espiritual. Cuando doy gracias de corazón acepto que recibí algo más allá de mis méritos, sin por ello ir en desmedro de mis propios méritos.

En este caso, ustedes se han graduado en algún área de humanidades (filosofía, historia, letras, estudios orientales, arte, yoga), lo que supone la capacidad de cuidar y recrear legados culturales con actitud crítica, dialógica, creativa y responsable. A la cultura le es intrínseca el cuidado, pero también la cura y la atención solícita de aquello que vale y puede mejorarse. Se han capacitado en la investigación, la docencia y el cuidado de legados culturales, si se

quiere, para ponerlos en valor y, acaso, hasta para llevarlos a ámbitos ajenos a vuestras áreas de estudio específico.

Pero las humanidades no tendrían sentido alguno si no despertaran una responsabilidad ética y social; más aún, si no la suscitaran. Esto, por cierto, no siempre se cumple, aunque es lo que enfáticamente intentamos en la Universidad del Salvador. Un proceso educativo no debiera limitarse a la transmisión de información o al cumplimiento de una serie de obligaciones académicas; requiere, además y, sobre todo, del desarrollo de una capacidad auto-educativa integral. De este modo, el ser humano formado tiene la capacidad para establecer diálogos críticos y creativos con sus colegas, a partir del acervo cultural de su especialidad; y, asimismo, cuenta con las habilidades suficientes para abrirse a la transdisciplinariedad. Más aún, si se ha formado verdaderamente, sabrá cómo seguir educándose y auto-educándose sin disociar el compromiso ético-social del ejercicio de su especialidad.

George Steiner sostenía, con desazón, que la cultura “no nos salva”. Las humanidades o la “alta cultura” no siempre nos tornan más humanos o mejores personas. Es evidente que los saberes cultos no son en sentido estricto saberes de salvación; pero no pueden ejercerse adecuadamente o plenamente sin una responsabilidad ética-social-política-espiritual. De algún modo, el lema de la Universidad lo sintetiza: “Ciencia a la mente, virtud al corazón”. Me permito señalar dos bondades intrínsecas a las humanidades: su carácter dialógico y su carácter crítico. Para decirlo sencillamente: se trata de abrirse al diálogo, pero aplicando un examen riguroso racional y ético. Me atrevo a decir que, para ello, basta recordar las palabras de San Pablo: “Examinadlo todo; retened lo bueno” (I *Tesalonicenses* 5:21).

Una tentación contemporánea, que también alcanza a las humanidades, consiste en dejarnos llevar por las tendencias. Por cierto, no se trata de cerrarse a las nuevas tendencias; se las puede abordar a la vez *libera et vacua mente* y, de igual modo, tomar una prudente distancia dialógica y crítica. Retomemos la expresión de Friedrich Nietzsche *Consideraciones intempestivas, Unzeitgemässe Betrachtungen*, en su propio contexto; la formación en humanidades (filosofía, historia, letras, estudios orientales, arte, yoga) por ser “intempestiva” o “inactual” cumple un rol insoslayable. “Inactual” no significa desactualizada, quiere decir que no se deja arrastrar ciegamente por las tendencias, las conoce y las apropia críticamente.

Más aún, es fundamental dar cuenta de lo nuevo, pero intentando distinguir la novedad del *novus*, de aquello que verdaderamente “renueva”. Por lo tanto, esto no significa negar los aportes de lo nuevo; sino que lo nuevo, sin una recreación madura de la tradición, se torna en mera novedad y no en el *novus*, en una renovación o revitalización de la cultura. En esta cultura de la inmediatez, las humanidades se ocupan (contraculturalmente) del cuidado de la palabra, de su

rigor, de su profundidad, de su dimensión ética, estética y espiritual y de su capacidad para el diálogo interpersonal, intercultural, interreligioso. Las humanidades cuidan de la palabra y del pensamiento, recrean los tejidos (es decir, los “textos”) constitutivos de la cultura; en suma, de nuestra propia memoria. Las humanidades tienen como misión releer, reinterpretar, criticar rigurosamente, recrear las tradiciones históricas (o historiográficas) literarias, filosóficas, artísticas y, por ello, su labor es salutífera. Porque la palabra y la idea, de las cuales Uds. tendrán que hacerse cargo, no son neutros, son vehículos de salud; pero también —si se los descuida—, peligrosos medios destructivos.

Según Francis Bacon hay cuatro tipos de prejuicios o falsas nociones que asaltan a los humanos y de los que hay que liberarse: *idola tribu* (propios de la especie humana); *idola specus* (constituidos por la educación o los hábitos); *idola fori* (referidos al significado erróneo de los términos); *idola theatri* (que comprende las falsas concepciones heredadas). Es evidente que le cabe a las humanidades una enorme contribución para lograr liberarse, por lo menos, de los dos últimos prejuicios que atañen al mal uso del lenguaje y del pensamiento. Y ello sin descartar que las humanidades también puedan, a través de la reflexión y el diálogo con la cultura, aportar alguna luz en relación con los dos primeros prejuicios, a saber: aquellos constitutivos del ser humano y los que atañen a la educación.

Hoy la Universidad realiza una triple celebración. La Universidad celebra como institución, pues apostamos a que vuestra labor académica y profesionalmente eficiente y éticamente responsable constituye la auténtica presencia de nuestra formación en la sociedad; desde luego con el sello único e irreplicable de cada uno de ustedes. Apostamos, queridos graduados, a que vuestra interpretación generosa y responsable de nuestro espíritu fundante constituya en la sociedad civil una promesa de eficaz transformación de nuestra convulsionada comunidad local y global. En ustedes se cumple la misión fundamental de la Universidad, a partir de que ejerzan sus vocaciones con autonomía y responsabilidad comunitaria.

Por otro lado, celebra la Universidad como comunidad, pues dejan su condición transitoria e inestable de estudiantes. Por ello, los despedimos; pero ahora los recibimos como miembros permanentes de nuestra Casa de estudios. Por cierto, asimismo, hoy también cada uno celebra como persona; cada graduado, cada familiar y cada amigo, pues la condición de graduado impacta en la propia vida de modo indeleble. Es importante estar a la altura de un título, pues este modifica mi lugar en la sociedad y me brinda oportunidades; debo honrarlo éticamente y académicamente o profesionalmente, dando lo mejor de mí sin cejar en mi perfeccionamiento. Pero a la vez, aunque parezca obvio, es fundamental no identificarse con el o los títulos. Por cierto, es de esperar que esta nueva condición de la máscara (*prosopon*) no les haga olvidar que el ejercicio de las humanidades no se limita a una cuestión de índole profesional o académica; responde a una

vocación, a un llamado, y sin duda apela al compromiso de una transmisión cuidadosa y ética de ideas, palabras y praxis del que hemos hablado.

Sin duda, recibirnos suscita una gran alegría, pues hemos cumplido con nuestra tan añorada meta; pero a la vez provoca cierta inquietud, cierta intranquilidad, en la medida en que dejamos atrás definitivamente una etapa de la vida. Mayores posibilidades y mayores desafíos generan en nuestro interior sentimientos ambivalentes. Como toda iniciación, como todo comienzo fundamental, algo queda atrás y no siempre podemos avizorar con claridad qué es lo que nos espera. Esa es la riqueza de la vida y de estos grandes momentos. Pero, por así decirlo, con la misma copa con la cual celebramos, nos despedimos. Con la misma mirada con la cual compartimos con nuestros seres queridos la visión de nuestro flamante diploma, intentamos avizorar un futuro que no está exento de incertidumbres, particularmente, en los escenarios actuales. Esta ambivalencia, en mayor o menor grado, está alojada en nuestros corazones.

Estamos plenos de expectativas respecto de todo aquello que podremos hacer en el futuro para nosotros y para los demás en nuestra actividad académica o profesional; pero a la vez habita en nuestro interior cierta inquietud respecto de qué nos irá a pasar. Ya no tenemos que superar exámenes universitarios; pero sabemos que vendrán exámenes más implacables, esta vez impuestos por la sociedad misma; sociedad que, por otra parte, presenta crecientes desafíos.

No es mi intención generar o incrementar inquietudes; sino, por el contrario, destacar una realidad a la que podemos responder con un mensaje de esperanza. Y digo esperanza y no ilusión; pues la ilusión se ata a ideas imposibles, se limita a presentar escenarios ideales sin asidero en la realidad. Los graduados de la USAL llevamos una formación integral cargada de esperanza, que no solo nos prepara para enfrentar desafíos profesionales, académicos, técnicos; sino que nos capacita, por una parte, para poner en juego nuestras virtudes éticas y, por la otra, para saber cómo dialogar con otros profesionales, con otras ciencias, con otros saberes.

Los graves desafíos que afectan a nuestra sociedad y que dificultan la existencia de tantos hombres y mujeres dan creciente vigencia a nuestra labor profesional y exigen un compromiso creativo permanente. Por cierto, la síntesis entre formación integral y capacitación profesional propia de nuestra formación nos posiciona adecuadamente, pero también reclama de nosotros un perfeccionamiento incesante. Todo graduado que desee mantener y acrecentar cuantitativa y cualitativamente su labor debe proseguir o completar sus estudios ya sea para extender, actualizar y profundizar su capacitación o para formarse en aquellos saberes que complementan los propios. Ya terminaron las épocas en las que el profesional no volvía más a los claustros, pues los escenarios contemporáneos cambiantes, el avance de los saberes y la necesidad de intercambio con los pares, tornan imprescindible la educación permanente. Y aquí tenemos un paliativo para nuestras inquietudes futuras, pues la educación

permanente, la vinculación constante con las aulas universitarias y los centros de excelencia permiten prepararse para los escenarios cada vez más cambiantes y desafiantes. La universidad actual debe abrirse al mundo, insertarse en el mundo del trabajo y de la investigación de avanzada; pero asimismo quienes están abocados al trabajo profesional deben mantener en permanencia sus vínculos académicos. A todos Uds. les deseo que este diploma sea un hito de muchos otros y, más aún, que sean merecedores de los pequeños diplomas cotidianos que surgen de la satisfacción de cada una de vuestras acciones eficientes y virtuosas.

Queridos graduados, queridos colegas, vayan mis mejores deseos para vuestro futuro profesional y personal; lleven en sus corazones nuestro recuerdo y el de todos los que los alentaron; siembren todo lo bueno que puedan en la sociedad; y recuerden que esta Casa es su Casa, nuestra Casa, la morada en donde están siempre invitados para el encuentro profesional y cordial.